

Sábado, 26 de agosto de 1950

La Semana Atómico-Nuclear de Santander

Allison habla para LA VANGUARDIA

Santander, 25. (Crónica telefónica de nuestro enviado especial.) — También con el profesor doctor Samuel K. Allison, una de las máximas autoridades americanas en materia atómica, director del centro más importante de investigaciones nucleares del mundo, hemos conseguido una entrevista. Hemos puesto especial empeño en plantearle, en la medida de lo posible, las mismas cuestiones que a Heisenberg, con objeto de ver si había unanimidad o no en sus puntos de vista.

Me ha citado en el hotel a las nueve de la mañana, antes de que comenzasen las tareas del Congreso, donde tiene que dar hoy su primera conferencia. Allison es alto, vigoroso, de mediana edad. Sus facciones son severas, sin ser duras. Se adivina en él al hombre acostumbrado a mandar. Y a mandar con eficiencia, pero sin despotismo. Inspira confianza enseguida, pues es franco y cordial, sin que por ello asome la ingenuidad por ningún lado.

—Usted es, señor Allison — le digo en mi mal inglés — director del Centro de Estudios Nucleares de Chicago y tiene a sus órdenes a grandes investigadores. ¿Es verdad?

—Sí — me contesta —. Tenemos allí a Fermi, a Wentzel, a Urey, a Libby y a otros grandes físicos y químicos.

—¿Usted personalmente, también trabaja?

—Sí; además de la dirección del Instituto, me ocupo de reacciones nucleares de elementos ligeros.

—Y que estarán relacionadas con los rayos X, sobre los que escribió usted, en colaboración con Thomson, el libro tan conocido.

—Desde luego.

—¿Sería usted tan amable de decirnos si coincide con Heisenberg en su apreciación de la teoría cortical del núcleo? — le pregunto para entrar en materia.

—Ha de tener usted en cuenta que nosotros somos físicos experimentales, que no nos preocupamos, como Heisenberg, de problemas teóricos puros. Las teorías las utilizamos tan sólo cuando son hipótesis útiles de trabajo. Los teóricos, como Einstein, están en Princeton, bajo la dirección de Oppenheimer.

—¿Y Bethe dónde trabaja?

—Bethe está en la Universidad de Comwell.

—¿Cuál es el nexo de unión?

—La Comisión Americana de energía atómica, que, después de la dimisión de Lilienthal, preside ahora Dean.

—Entonces — le digo sin más preámbulos — a ustedes les corresponden los estudios de la bomba de hidrógeno...

—Yo — me contesta enseguida — no trabajo en esto. Para ver si consigo consagrarle, añado todavía:

—Aquí, cuando la decisión americana de trabajar en la bomba de hidrógeno, se dió ésta como una cosa hecha, y fui bastante criticado por haber dicho que lo único que había es que se les había encargado a ustedes que la buscasen...

—Pues tenía usted razón — me dice —. Yo, como le he dicho, no trabajo en ello, pero tengo amigos que sí. Y de ellos me ha dicho que las probabilidades de encontrarla las estima en 65 contra 100.

—¿No cree usted — añado, animado por su franqueza — que para dar con la bomba de hidrógeno hará falta encontrar reacciones nucleares nuevas?

—Quizás no — me contesta —. Puede que baste con el estudio de las ya sabidas.

—Es decir, conocer mejor los balances energéticos, las secciones eficaces... — avanzo tímidamente.

—Esto último sobre todo — afirma él, concreto. Y se calla, como quien ya ha dicho bastante.

Realmente, yo no esperaba tanto. Cambio, pues, la conversación:

—Heisenberg me dijo que cree que en materia nuclear ya no son de esperar grandes inventos, ni grandes sorpresas. ¿Cree usted lo mismo?

—No — me contesta tajante —. Creo que podría haber todavía descubrimientos sensacionales. Por ejemplo, el del protón negativo o el del sistema periódico invertido, es decir, con núcleos atómicos negativos.

—¿Respecto al empleo de la energía nuclear es usted optimista o pesimista?

—Pesimista... — me dice —. O sea lo contrario que Heisenberg — y añade la reflexión que tantas veces he hecho a mis lectores —. Porque, ¡creo tan inverosímil que los hombres se vuelvan de repente sensatos!

—¿Una guerra ahora — añado — cree usted que acabaría con la civilización?

—Quien sabe — me contesta —. En la Edad Media parece que la peste acabó con más de la mitad de la población del mundo, y la Historia continúa...

—¿Cree usted que pronto veremos la utilización de la energía nuclear para fines industriales? ¿Estas centrales eléctricas atómicas, que es lo más inmediato que se prevé, serán pronto un hecho?

—Creo que muy pronto — me contesta —. Pero no en América como ustedes creen. Nosotros tenemos mucha energía y muy barata. Donde primero es probable que se utilicen las centrales nucleares es en países con poco carbón y poca energía hidráulica, como por ejemplo Australia. A ustedes en España, también les convendría...

Para acabar, le planteo la cuestión que más nos interesa a los físicos:

—¿Cree usted — le digo — que los físicos pueden hacer algo en favor de la paz? ¿O le parece que serán siempre el simple instrumento de la política de su país?

—Creo más probable lo segundo. Todos estos movimientos que se han iniciado para lograr una solidaridad de los físicos de todo el mundo, para evitar el empleo bélico de la energía atómica, me parecen muy poco realistas.

—Cree así usted en la guerra... — insinúo.

—Por desgracia, la creo lo más que probable. Con los rusos estamos en un callejón sin salida. Ellos quieren primero parar la producción atómica y después controlarla en todos los países. Nosotros queremos hacerlo al revés, porque sabemos que firmar un papel sin un control eficaz, no serviría de nada. Antes de los compromisos hace falta ver y mirar. Por mi parte — añade —, no veo más que una posible salida, y es a la muerte de Stalin, ya viejo, que es un hombre que creo que no ha salido nunca de Rusia y no puede comprender el mundo de fuera de su país. Un Molotov, un Vichinsky u otros que hayan vivido fuera de Rusia, quizás serían más comprensivos...

Y como vienen a buscarnos para el Congreso, acabamos la conversación, no sin antes agradecerle al profesor Allison, en nombre de LA VANGUARDIA, la amabilidad que con nosotros ha tenido, pues poca gente en el mundo tiene hoy la autoridad que él tiene para decir lo que nos ha dicho.

—Miguel MASIERA.